

La enseñanza de Gaos en España¹

Manuel MINDÁN MANERO²

Queridos compañeros, señoras y señores: Hace aproximadamente un mes intervine en un acto público en el Instituto de Filosofía [del Consejo]; allí, al terminar, considerando mi extrema vejez (tengo 98 años), y mis condiciones lamentables de salud, dije: “probablemente este acto sea el último en que yo intervengo públicamente”; pero luego unos alumnos míos de gratos recuerdos [José Luis Abellán y Antonio Jiménez García] me han invitado a hablar sobre Gaos precisamente, mi maestro más querido, y en esta Facultad donde yo estudié antes de la guerra con maestros inolvidables y donde después

¹ El texto de la conferencia del Padre Mindán fue tomado en cinta, y la transcripción ha sido realizada por Teresa Alvira Quintana, a quien desde aquí damos las gracias. El Padre Mindán habló de memoria, sin soporte de papel ni esquema o apunte alguno. Se ha mantenido el estilo directo y ameno con que discurrió la charla, de la que sólo se han corregido algunas repeticiones, innecesarias en un texto escrito, pero ingeniosas en un discurso hablado. Finalmente, se ha incluido entre corchetes alguna aclaración imprescindible para la comprensión de determinadas frases y se han añadido, además, algunas notas [A.J.].

² El Padre Mindán se ha referido en otras ocasiones a la enseñanza de su maestro Gaos, por ejemplo, en el artículo “La personalidad filosófica de José Gaos y aproximación a su idea de la filosofía”, recogido en el libro colectivo *Diversas claves del pensamiento español contemporáneo* [Madrid, Fundación Fernando Rielo, 1993, pp. 71-88], y en su libro de memorias *Testigo de noventa años de historia. Conversaciones con un amigo en el último recodo del camino* [Zaragoza, Librería General, 1995, pp. 203-210]. El propio Gaos en *Confesiones profesionales* [México, Tezontle, 1958, pp. 78-79] se ha referido al P. Mindán con estas palabras: “Discípulos, propiamente, los tuve en Zaragoza y los he tenido en México más que en Madrid [...] Emoción me causó leer, en un número de *Logos*, la revista de la Mesa Redonda de Filosofía de esta Facultad, una información de España en la que Manuel Mindán, en la actualidad el único profesor de Filosofía en la Facultad de Madrid que por las noticias cuenta intelectualmente para los mismos estudiantes de ella, no reniega, sino todo lo contrario, a pesar de las circunstancias, de su antiguo profesor de Zaragoza”. En el vol. XIX de las *Obras Completas de José Gaos. Epistolario y papeles privados* [México, UNAM, 1999, pp. 141-163]

enseñé durante veinte años la teoría del conocimiento; entonces no me he podido negar y aquí estoy para contaros algunos recuerdos que tengo de mi conocimiento con Gaos, sobre todo como profesor de Zaragoza y como profesor de esta Facultad. Quizás aluda a alguna cosa fuera de las cátedras también.

Yo conocí a Gaos en 1931, primer año de la República. Era el primer año que él daba un curso completo en la Universidad de Zaragoza. Yo era el primer año que me asomaba también a la Universidad; yo ya era profesor, y me subyugó de tal manera Gaos que se entabló una gran amistad entre ambos. El primer día de clase nos presentamos un centenar de alumnos; él vio ante aquella muchedumbre que no era posible hacer una labor eficaz en filosofía y entonces nos habló y nos propuso lo siguiente: “muchos señores que han venido aquí supongo que no les interesará la filosofía, sino aprobar la asignatura para terminar sus cursos y sus proyectos profesionales; a éstos les digo que vengan sólo un día a la semana, los lunes; ahora bien, los que quieran interesarse por la filosofía y quieran venir a aprender que se comprometan por escrito a venir diariamente. Tendremos clase de filosofía todos los días, incluidos los sábados, y la clase será por la tarde de cuatro y media a seis de manera que durará una hora y media, más que el resto de las clases [que eran de una hora]”. Bien, de resultas de este ruego nos apuntamos una tercera parte, una treintena aproximadamente, a asistir todos los días y comenzó el curso.

La asignatura era *Introducción a la filosofía*, Gaos fue el primer catedrático de *Introducción a la filosofía*; antes en las facultades se enseñaba lo que se llamaba *Lógica fundamental*, pero no *Introducción a la filosofía*, esto fue introducido por Morente cuando fue subsecretario en el último, o en el penúltimo gobierno de la monarquía. Y comenzaba a darnos introducción. Los lunes, *introducción sistemática* que era partiendo de la concepción de la filosofía como concepción del mundo y de nuestra vida en él; dividía el mundo en varias regiones, la región de los fenómenos físicos, hablaba un poco del lenguaje fenomenológico, los fenómenos, y estudiaba las condiciones esenciales y exclusivas de los mismos; después hablaba de lo psíquico, y de cosas que se distinguen de lo psíquico aunque la gente ingenua lo confunde, que es se recogen 16 cartas de Gaos al P. Mindán. Sobre éste último puede verse la entrada que le dedica Gonzalo Díaz en *Hombres y documentos de la filosofía española* [vol. V, M-N-Ñ. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, 1995, pp. 523-526]; las páginas de Jorge M. Ayala en *Pensadores aragoneses. Historia de las ideas filosóficas en Aragón* [Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 2000, pp. 618-630] y la nota de A. Jiménez García en “Andrés Piquer y la filosofía española del siglo XVIII (A propósito de un libro del P. Mindán) [Revista de Filosofía, 3ª época, vol. V (1992), nº 8, pp. 429-439. Editorial Complutense. Madrid].

el mundo ideal, las ideas, y se unía unas ideas frías como son los objetos matemáticos, las relaciones, etc., y unas ideas cálidas, unas ideas que eran ideales, los valores, y al explicarnos los valores aprovechaba para hablarnos de las disciplinas filosóficas; así los valores lógico-científicos, y nos daba un poco de teoría de la ciencia y de lógica; al hablarnos de los valores estéticos, nos daba un poco de filosofía del arte; al hablarnos de los valores éticos, también nos daba un poco de ciencia moral. Pero los valores necesitaban una actitud especial del sujeto para incluirlos y luego se tomaba una actitud ante ellos no de tan indiferencia, por eso admitía también los valores religiosos para los cuales hace falta como disposición inicial la fe.

Después, eso los lunes, los martes nos daba *introducción histórica a la filosofía*. Nos presentó en una pizarra una especie de cordillera con grandes cumbres que eran los filósofos de primera fila, cumbres más pequeñas que eran los de segunda, y nos dijo: “no hay tiempo más que para explicar los grandes, por los demás pasaré rápidamente”, y así fue. Nos explicó sobre todo Sócrates, Platón, Aristóteles, la filosofía antigua; después la filosofía cristiana, lo medieval: nos explicó San Agustín y Santo Tomás y luego ya entró en la filosofía moderna, extendiendo la explicación por la filosofía racionalista continental y la empirista inglesa: Descartes, Spinoza, Leibniz y los ingleses Locke y Hume; y luego tomaba a Kant como confluencia de estas dos corrientes, y a continuación seguía un poco como se pudo con los kantianos y acababa, porque no había tiempo para más, explicándonos a Husserl como fundador de la fenomenología.

Los miércoles nos seguía dando *Introducción a la filosofía*, pero ahora lo llamaba *introducción práctica* y consistía en la lectura directa de textos filosóficos, de manera que escogió unos cuantos: el mito de la caverna de Platón en el libro séptimo de la *República*, unos capítulos de la *Metafísica* de Aristóteles, una meditación de Descartes y luego ya comenzamos íntegramente la primera *Introducción a la doctrina de la ciencia* de Fichte. Él la traducía cada día y nos traía en cuartillas unas copias para que las usásemos, traducción que luego se publicó en la Revista de Occidente.

Pero no se acababa con esto la introducción. Los jueves todavía nos hacía *Introducción* ¡y que *Introducción!*; consistía en hacer filosofía de la filosofía, es decir, teoría de la filosofía, problema que le duró toda la vida y que publicó sobre él como ha dicho aquí el compañero [se refiere a Horacio Cerutti], tratándonos de descubrir la esencia de la filosofía, su relación con las demás ciencias, su vinculación al hombre, etc., etc.

Quedaban además el viernes y el sábado. El viernes todavía nos hacía intervenir a los alumnos. Primero quería que trabajásemos en equipo pero

aquello fracasó porque hizo cinco grupos de seis y no resultó la cosa, ya que quería que hiciéramos fenomenología a imitación de la que hizo Aurel Kolnai, que se publicó en “Revista de Occidente” bajo el título de *La Fenomenología del asco*³, y en nuestro curso la fenomenología de la alegría, de la tristeza, del amor, del odio y varias cosas más. Fracasamos, y entonces, desde Navidad lo que hicimos fue encargarnos de la preparación de filósofos que el profesor no había explicado y él completaba la historia de la filosofía cuando a uno le tocaba explicar sus filósofos.

Los sábados se dedicaban a ejercicios escritos, ejercicios para todos los alumnos, que se hacían en clase. Se los llevaba el profesor y los miraba todos y los calificaba y venía a clase y nos contaba los méritos de cada uno y los defectos. Una cosa extraordinaria los temas; el primer tema fue el tiempo, “Duración y tiempo” se titulaba. El segundo fue “Extensión y espacio”. El tercero, “Sentido de las propiedades físicas, atribuidas figuradamente a la inteligencia”. Luego, comentarios de frases, por ejemplo la famosa de Pascal “El corazón tiene razones que la razón no comprende”, o “Por qué se dice que el sentido común es el menos común de los sentidos” y frases así. Pero aquella clase era de gran enseñanza para nosotros porque él intervenía en la explicación al hacer el juicio de cada uno.

Ahora, algunos sábados, si hacía bueno nos íbamos a una arboleda, a una de las dos arboledas que había al otro lado del Ebro, la arboleda de Macanaz o el Soto de Almozara y allí, o bien paseando, o bien sentados en la hierba, en fin, allí estábamos charlando de filosofía otra vez. Y voy a contar una anécdota que ocurrió: un día estábamos unos cuantos sentados con Gaos en un banco de piedra que había allí y otros estaban de pie y entonces una de las cuatro alumnas que venían a clase, se arrodilló de repente delante de Gaos y le dijo: “¡Maestro quiero ser filósofa!, dígame usted el modo y dígame el secreto”. Gaos la levantó y le dijo: “mire usted, lo primero que tiene que hacer es no arrodillarse nunca ante un hombre, eso lo primero, y después no se necesita nada especial; una inteligencia normal, una curiosidad y un interés grande por los temas filosóficos, y luego un trabajo enorme, porque cuesta mucho trabajo, nada más”. Y a propósito de esto en la clase siguiente nos habló y nos dijo: “yo no tengo ninguna cualidad especial, no enseño nada que vosotros no seáis capaz de saber por vosotros mismos, yo no tengo ningún secreto, porque yo soy sólo un compañero que va delante en el camino y conozco sus peripecias y puedo enseñarlas a los demás y dónde hay un punto desde donde se puede contemplar un paisaje, etc., pero no tengo ningún

³ Cfr. KOLNAI, Aurel: “El asco”. *Revista de Occidente* nº 77 (noviembre de 1929), pp. 161-201 y nº 78 (diciembre de 1929), pp. 294-347.

don especial y algunos de mis alumnos podrán superarme después porque eso es lo que hace falta que el alumno supere al profesor porque si no la ciencia iría para atrás, y conviene que algún alumno supere al profesor que ha tenido”.

Y en fin, las clases no sólo eran interesantes, estaban llenas de encanto, llenas de satisfacción, daba gusto ir a clase, nadie faltaba nunca, de los 30 que nos comprometimos; y siempre, pues no sólo íbamos a clase sino que después muy gustosamente acompañábamos al profesor al salir de clase desde la Plaza de la Magdalena, Coso arriba, hasta recalar en una chocolatería⁴ donde tomábamos un rico chocolate y charlábamos de las cosas de la filosofía. Cuando llegó el último día de curso, nos dijo Gaos: “bueno, yo estoy seguro que todos ustedes, los 30 que nos comprometimos, han trabajado lo suficiente y saben lo suficiente para aprobar, de manera que todos están aprobados; ahora, tenemos que dar notables y sobresalientes, y para eso me tienen ustedes que ayudar. Se determinó entre el profesor y la clase quienes iban a tener sobresalientes, quienes notables; probablemente se dividió la clase en tres partes casi iguales, y no hubo ninguna queja de nada, todos conformes.

Bueno, cuando él salía de clase le acompañábamos un grupo que se iba dispersando a medida que llegaban a sus calles o a sus casas cada uno. Yo le acompañaba siempre hasta su casa en la calle Sagasta, en la segunda o tercera calle a la derecha, que entonces se llamaba calle Central, no sé ahora como se llamará, y le acompañaba hasta allí, porque yo tenía que andar todavía dos kilómetros hasta llegar a mi casa, pues vivía a tres kilómetros del centro de la ciudad [en el Terminillo]; y en esos paseos que hacíamos juntos hicimos una gran amistad. Él me contó muchísimas cosas que no ha contado después en *Confesiones profesionales* y que, claro, las sé con cierta reserva, algunas se podrían contar pero otras hay que guardarlas, y esto es lo que hay.

Ibamos paseando, yo con mi sotana y él de paisano, con gran escándalo de los socialistas que le decían a él “¿cómo paseas con un cura?”, a lo que contestaba diciéndoles que yo era el único con quien podía hablar de filosofía, y la filosofía le interesaba más que la política; pero también con gran escándalo de los clericales que me decían a mí “¿y cómo paseas tú con un

⁴ En *Confesiones profesionales* (ed. cit., p. 93) Gaos se ha referido a estos paseos: “Personalmente no puedo convencerme de haber hecho menos que con todas mis clases y seminarios, con aquellos paseos de Zaragoza, a la salida de la clase a media tarde, para recalar en una chocolatería del Coso, donde se estaba ‘platica’ que te ‘platica’ conmigo media docena de estudiantes, que al anochecer me conducían hasta casa por las añoradas calles relativamente apacibles de la capital provinciana”.

socialista?”, teniéndoles yo que decir que la mejor exposición, y más clara, de las pruebas de Santo Tomás sobre la existencia de Dios se la debía a él. Y nosotros no hablábamos nunca de política, nos interesaba la filosofía y de filosofía hablábamos; tanto, que un día Gaos me propuso lo siguiente: “mire usted, Mindán, ¿por qué no formalizamos nuestras conversaciones y nos reunimos un día a la semana en mi casa, o donde usted quiera, y usted me pone al corriente de muchas teorías escolásticas de filosofía que yo no he aprendido y yo le comunico a usted la filosofía contemporánea, y haremos un cambio?”. Esto me lo decía a finales de abril y yo le decía: “Don José, pero mire usted, yo tengo que examinarme de las asignaturas de la carrera, quisiera acabarla cuanto antes, se acerca junio”. Me examiné de la mayoría de las asignaturas en junio, y de las restantes en septiembre. El día 30 de septiembre a las 6 de la tarde acabé el último exámen y me fui a casa de Gaos y se lo dije, “ya aprobé todas las asignaturas”, y él me contestó: “me alegro, ahora le voy a nombrar a usted mi ayudante” y el día trece de octubre me nombró su ayudante.

Aquel curso que empezábamos (el de 1932-33) ya no tenía él tantas clases porque le acumularon, además de la “Introducción a la filosofía”, la “Pedagogía” y la “Historia de la pedagogía”. Además nos dijo que el que quisiera prepararse ya en serio como filósofo se lo dijese y nos daría clases. Nos apuntamos cinco o seis, serían seis, alumnos que habíamos sido del curso anterior. Y nos daba dos clases semanales de una hora y media para prepararnos a oposiciones en filosofía. De los que allí nos preparamos cinco fuimos catedráticos en la primera oposición que hicimos; después una chica que había, no sé que fue de ella, no hizo oposiciones (era la que contaba antes), con gafas gruesas. Bien, y hay más; realizamos la petición que él me había hecho: los sábados iba yo a su casa y me invitaba a merendar, y estábamos un par de horas charlando de filosofía escolástica y moderna. Pero esto duró muy poco, sólo duró otros tres días porque para el día 27 de octubre se fue al recibir una carta del Decano de Madrid, Don Manuel García Morente, diciéndole que había muerto el catedrático de Estética Don José Jordán de Urrés y que hacía falta sustituirle; que como al mismo tiempo hacía falta un profesor de “Introducción a la filosofía” y él era el único catedrático, que le recomendaba que se trasladase a Madrid y que diese las dos asignaturas. Cuando me dijo esto añadió: “no puedo negar nada a Don Manuel García Morente porque le debo a él más que a mi padre; bueno, pero aquí tengo que dejar la clase en manos de alguien, voy a proponer al Decano que se encargue usted de mis clases”. Yo le dije: “hombre, de ninguna manera; yo ya tengo dos clases en el Seminario, tengo muchas tareas y cosas que hacer, si además me cargo con

esto, cómo voy a sostener el ritmo que usted ha dado a las clases, no puedo, le dije, déjemelo pensar por lo menos un día”. Lo pensé y fui a decirle que no, pero él me contestó: “mire usted, nadie conoce mi pensamiento como usted, nadie puede continuar la clase más que usted, yo le dejaré los libros que sean, pero acepte usted, por favor”. Y no tuve más remedio y únicamente le dije: “pero no de las tres asignaturas que tiene; la ‘Pedagogía’, que la dé otro señor, yo daré la ‘Introducción a la filosofía’ y daré también la ‘Historia de la pedagogía’”. Y así quedamos⁵.

Él se fue a Madrid y aquel año dio “Estética” e “Introducción a la filosofía”. La “Introducción” la daban además de él, Zubiri y García Morente, pues era una asignatura común a todas las secciones de la Facultad, y había muchos alumnos. Bien, yo me quedé con las clases, nos carteábamos, algunas veces pedía algún consejo, él estaba en Madrid. Al verano siguiente, era el año 33, yo hice los cursillos famosos que estableció la República y los gané, y Gaos preparó durante el verano sus oposiciones a la cátedra de “Introducción” de Madrid. Hizo las oposiciones en septiembre y las ganó brillantemente; luego ese año yo había ganado una plaza y me destinaron a Valencia, al Instituto de Valencia, estuve allí un año, dí unas conferencias en la Universidad, pero aunque tuvieron mucho éxito yo me dí cuenta de que no me movía con holgura en la filosofía, yo quería más formación filosófica. Entonces dí aquel curso pero al llegar el otoño hablé con Gaos y le dije que me quería ir a Madrid, y renuncié a todos los derechos que había adquirido haciendo los cursillos. Y me presenté en Madrid al Decano Morente, se portaron muy bien, el Decano me concedió una beca con obligación de ir a la Biblioteca de la Facultad dos horas a la semana a hacer prácticas; el mismo Ortega me ofreció colaboración en la Revista de Occidente, lo que me produjo una gran satisfacción: “hable usted con Fernando Vela y con José Gaos -me dijo Ortega- y que le den algo para traducir”. Así traduje del latín, comparándolo con las ediciones francesas, las *Reglas para la dirección del espíritu* de Descartes⁶, y también los cinco grupos de objeciones a las

⁵ La alta estima en que Gaos tenía al P. Mindán le llevó a proponerle como sustituto suyo en Zaragoza al trasladarse a Madrid. Estimación verdadera y profunda que no borrará el tiempo, como recordará 25 años más tarde al referirse al P. Mindán “cuando él no era más que un joven seminarista afanoso de salir a otros horizontes filosóficos, pero tan prometedor que, al tener que dejar Zaragoza por Madrid, propuse a la Facultad, y ésta lo aceptó, que se encargara de mis cursos hasta que la cátedra se proveyera en propiedad según correspondía” (En *Confesiones profesionales*, ed. cit., p. 79).

⁶ Cfr. DESCARTES, R.: *Reglas para la dirección del espíritu*. Traducción del latín por Manuel Mindán. Madrid, Revista de Occidente, 1935, 181 pp., dentro de la colección “Textos Filosóficos” dirigida por José Gaos.

*Meditaciones*⁷ con las contestaciones de Descartes, unas estaban escritas en latín, otras en francés, en fin y las traduje como pude, pero las entregué el año, el verano que estalló la guerra y la guerra las perdió y fue trabajo en vano después de hacerlas.

Yo fui a Madrid el otoño del 34, estuve el curso 34-35 y el 35-36 y cuando llegué me dijo Gaos: “no venga usted a mis clases que ya me conoce, va a ir usted a las clases de Ortega y de Morente, y a los seminarios de Zubiri”. Así lo hice, pero el año 35-36 Gaos dejó la Estética, después del primer año que se comprometió, y la recogió otro profesor, porque él se dedicó a “Introducción” y a “Lógica”. Me acuerdo que dio un curso espléndido sobre las *Investigaciones lógicas* de Husserl y el último curso anunció una clase que se titulaba “Teoría y didáctica de las ciencias del espíritu”; él pensaba dedicar tres años a esto: el primer año a comparar la filosofía con la literatura y especialmente con la poesía; el segundo año pensaba hacer filosofía e historia y el tercero filosofía y pedagogía. Pero sólo se dio el primer año porque luego vino la guerra y en ese primer año interesó la clase no sólo a los alumnos de filosofía sino a los de lengua española que asistían casi en bloque; daban la clase entre dos: la teoría la exponía Gaos y luego José Montesinos, poeta, ponía los ejemplos literarios y poéticos. Resultaba una clase interesantísima, tanto que el mismo Ortega vino alguna vez a clase, dos veces se sentó con nosotros cerca del estrado y dijo: “tenía interés por ver como se daba una clase al alimón”. Gaos además de esto, tuvo que atender a muchas necesidades. En primer lugar se le nombró director de todo el curso preparatorio y él era el organizador, se le nombró del comité permanente de la Universidad de Santander, de los cursos de verano, donde él dio dos cursos espléndidos, uno sobre los grandes sistemas de filosofía contemporánea, y otro sobre el estado de las disciplinas que se explicaban en el bachillerato, de la psicología, de la lógica y de la ética; por ejemplo en psicología, además

⁷ En la correspondencia de Gaos con el Padre Mindán encontramos referencia a este encargo. En carta de 2 de julio de 1934 leemos: “Cuando le indiqué la posibilidad de traducir V. la *Ética* de Spinoza, pensé sólo en haberle oído decir al Sr. Morente que era obra de las que primero quería estuviesen traducidas y que está escrita en latín, olvidándome de carácter de la obra y del sacerdotal de V. Vea V., pues, si podría traducir V. las ‘Objeciones a las *Meditaciones* de Descartes y las respuestas de éste’. Si puede V. hacerlo, puede empezar inmediatamente. En la Biblioteca de la Facultad tiene V. el texto de las obras de Descartes sobre el cual deberá hacer la traducción: la gran edición Adam/Tannery. En uno de los tomos está el texto latino, en otro la traducción francesa: sírvase del que prefiera, consultando el otro”. Y en carta de 18 julio añade: “Celebro mucho que haya aceptado la traducción de las *Objeciones y respuestas* y la haya comenzado. Me parece muy bien que haya tomado como base el texto latino y utilice como auxiliar el francés”. En GAOS, J.: *Obras Completas, XIX. Epistolario y papeles privados*. Edición, prólogo y notas de Alfonso Rangel Guerra. México, UNAM, 1999, pp. 157 y 158.

de exponer varias psicologías experimentales, sobre todo las reducía al asociacionismo que aun está vigente, y hablaba del conductismo, que entonces estaba en su fuerza, pero luego también de psicologías de tipo teórico, como el psicoanálisis, el personalismo, la psicología de la forma y otras, la psicología de la ciencia. Él la preferencia que tenía era por la psicología de Franz Brentano, el maestro de Husserl.

Pero él también estaba en tribunales de filosofía y dio un ejemplo de justicia, porque un tribunal es tratar de hacer justicia y dio un ejemplo de justicia que se quedaron pasmados los demás. Él me contó a mí lo siguiente: “no sabe usted lo que he tenido que luchar, casi todos los prohombres del socialismo querían que sacase a un catedrático socialista que se presentaba, a un tal Antonio Bernárdez; había sólo una plaza para Madrid, otra para Barcelona, las demás estaban en provincias pero él quería tener la de Madrid porque estaba ya en Madrid, pero interinamente y quería tener la plaza fija, y yo me tuve que negar a pesar de ser correligionario, a pesar sobre todo que Teodomiro Menéndez, asturiano muy amigo de mi padre, vino a verme especialmente y tal, pero no pudo ser, porque no lo merecía”. Luego yo hablé con Don Joaquín Carreras Artau que estuvo en el tribunal y me dijo: “ha sido una cosa verdaderamente ejemplar, tanto que los primeros ejercicios nos inclinábamos nosotros a favorecer a determinados opositores, pero cuando vimos la posición de Gaos de ser inflexible en la justicia, todos nos ajustamos a eso; nos obligaba a puntuar en todos los ejercicios a cada uno de los opositores, y si alguno parecía que le concedía más de lo justo por favorecerle, le decía: ‘cómo lo puntúa usted tanto si ni lo ha hecho tan bien’; y en el tercer ejercicio no tuve más remedio que admitir la justicia que imponía, y así el número uno lo sacó Ramón Roquer y como era catalán escogió la cátedra que había en Barcelona. El número dos lo ganó Manuel Cardenal que era catedrático de Salamanca y mereció el número dos y se quedó en el Instituto Cervantes de Madrid y ni aun hubo lugar para ese socialista que no lo merecía a juicio de Gaos”.

Y Gaos era un trabajador imponente, se ponía a estudiar o a trabajar en su mesa de despacho a las tres y media de la tarde y hasta las doce no se levantaba; tan sólo a las once para cenar un poco algunas veces. Pero además, él a su hija mayor Angelines, de menos de 5 años, cuando estaba en Madrid, le enseñó toda la primera enseñanza; ella me contó hace poco cuando estuvo aquí que no fue nunca al colegio, que todo lo aprendió de su padre y allí le hizo una mesita pequeña con la sillita, que estaba junto a la mesa de despacho de su padre y allí le enseñó a leer, a escribir, a contar y las lecciones de cosas que se dan en la primera enseñanza, incluso el catecismo y la historia

sagrada. Y a mí me extrañó y se lo dije, y el me contestó: “yo creo que esto hay que enseñarlo y luego si lo quiere dejar que lo deje; tengo pensamiento opuesto al famoso filósofo [Rousseau] que decía que no había que enseñar la religión hasta los 18 años.

Bien, éste era Gaos y era un hombre que además tenía una sección de la editorial de Revista de Occidente que dirigía textos filosóficos, pero además todos los sábados asistía a la tertulia de la Revista de Occidente donde reunía Ortega y Gasset a antiguos discípulos y amigos. Gaos asistía a algunas clases de Ortega, especialmente la que daba a las once de la mañana que era una clase que sólo se permitía ir a los que tenían una formación filosófica; Gaos asistía todos los días como si fuera un alumno más, y a pesar de eso tuvo la valentía de decirle a Ortega algo que no le sentó muy bien. Cuando en la primavera del año 35 Ortega cumplía sus bodas de plata con la cátedra que ganó en el 10, se le hizo un homenaje en la Facultad por parte de los alumnos; intervinieron luego algunos profesores, Zubiri dio una conferencia y Gaos dio otra en presencia de Ortega y Gaos le dijo a Ortega: “mire usted, usted ha escrito cosas muy estimables, cosas de gran interés filosófico y de gran valor literario, pero un gran filósofo tiene que hacer una obra total, fundamental, que sea punto de referencia a todas sus obras, porque sus obras son obras monográficas, circunstanciales, todo gran filósofo ha tenido una obra fundamental, usted debe tenerla también” y le citó filósofos que tienen una obra fundamental. Esto lo reconoció aunque no le supo muy bien, y yo lo comprendí, pero lo aceptó Ortega; y Ortega entonces nos prometió que sí, que escribiría dos mamotretos, dijo él, uno sobre filosofía pura que se titularía “Principios de metafísica según la razón vital” y otro en que fundiría sus ideas en ética, política y sociología, es decir, una obra teórica y otra práctica. Incluso cuando comenzó el curso siguiente, sobre la primavera del año 36, que fue el último curso que se dio en la facultad, Ortega dijo que como se decía que él nunca había explicado por completo su sistema que lo iba a hacer este año. Su curso comenzó por darnos una copia, un resumen de cada lección al principio, nos dio 4 ó 5 y ya no más. Pero acabó el curso y yo asistí a la última clase de Ortega en un día aciago en que se oían tiros por la Moncloa entre obreros y estudiantes, era junio del 36 antes de estallar la guerra, y le acompañamos, pero no acabó de darnos todo su sistema, le faltaba hilvanar unas cosas, y claro, pues luego tampoco escribió los dos mamotretos que nos prometió entonces. Sin embargo, Gaos siempre mantuvo una cierta preferencia por Ortega y le respetó siempre mucho, y bueno, vamos a acabar ya ¿no?. La guerra le sorprendió a Gaos en Santander, entonces ya era el jefe de la administración en Santander y se llevó un disgusto grande porque se detu-

vieron a algunos alumnos que había allí y los llevaron presos a un barco. Luego Gaos quiso acompañar a los demás a Madrid, pero tuvieron que dar un rodeo por Francia y el jefe del distrito que estaba les obligó a que cada alumno se marchara a la España que deseara. Y, en fin, cuando vino acababa de traducir las *Meditaciones cartesianas* de Husserl; de las *Meditaciones cartesianas*, había una edición francesa que es la que se editó en vida de Husserl, pero Ortega y Gaos quisieron hacer la traducción directa del alemán y entonces le pidieron a Husserl mismo que aun vivía (murió el año 37 según creo) y les mandó Husserl el texto alemán, pero la quinta meditación se perdió y yo le dije:” pues súplala usted y dígale que la traduce del francés”, y Gaos no quiso; dijo “no, no, ya está bien”, y sólo se han publicado cuatro meditaciones, en vez de las cinco.

Bien, y la guerra seguía su curso. Primeramente se formó en Madrid un gobierno casi de derechas para tratar de establecer la paz con los nacionales, pero en vista de que eso era inútil a primeros de septiembre se formó un gobierno francamente de izquierdas, con mayoría socialista e incluso con alguna representación comunista. Y este gobierno quiso cambiar, como es natural, al Rector de la Universidad de Madrid, y nombró, quiso nombrar primero a Besteiro, pero Besteiro dijo que era muy viejo y que estaba próximo a jubilarse y que no podía, y luego se lo encargaron a Fernando de los Ríos y Fernando de los Ríos tampoco quiso admitirlo porque los nacionales ya habían tomado Toledo y estaban camino de Madrid, y decía que qué iba a ser de la Universidad de Madrid y de su Rectorado, y entonces se lo ofrecieron a Gaos y Gaos dijo que a pesar de todas las dificultades, que lo aceptaba, y aceptó ser Rector. Estuvo pocos días en Madrid porque enseguida la Universidad de Madrid se trasladó a Valencia. Fue el momento en que yo vi por última vez a Gaos. Yo luego seguí mi vida muy azarosa durante la guerra, muy comprometida, estuve en la cárcel, él me escribió una carta lo más amable y lo más gozosa que yo he visto, se la dejé a mi abogado para que pidiera mi libertad condicional y ya no la he visto más, y lo he sentido muchísimo. Yo salí de la cárcel después de estar 20 meses, salí en septiembre del año 38, quise comunicarme con Gaos, pero Gaos ya había salido de España para el extranjero; primero para La Habana y luego para México y éstos son los recuerdos que guardo. No quiero extenderme más porque no acabaría nunca, de modo que las cosas que recuerdo de Gaos y que cuento a ustedes como conocimiento que tengo de primera mano, nadie me lo ha contado, estas cosas que cuento yo las he sabido por mí mismo, perdonen si he tardado un poco en contarlas. Muchas gracias [*Aplausos*].